

Sindicatos, identidades y movimiento de parados. Una relación problemática*

Enric Sanchis

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

enric.sanchis@uv.es

Recibido: 27/09/2016

Aceptado: 03/10/2016

RESUMEN

Una investigación sociológica de tipo cualitativo basada en 88 entrevistas en profundidad a parados de una docena de ciudades españolas, hechas entre marzo de 2012 y febrero de 2013, nos ha permitido acercarnos al mundo de los parados y nos ha ayudado a entender mejor el significado y las consecuencias del paro para las personas que lo sufren. El objeto de este artículo es uno de los temas tratados en la entrevista fue: el de la disponibilidad para integrarse en un movimiento de protesta. Los parados no comparten una identidad que les permita sentirse miembros de un "nosotros" orientado hacia la acción colectiva. Tampoco disponen de recursos para organizarse ni de una interpretación del problema que les invite a hacerle frente todos juntos. Finalmente, son muy escépticos en cuanto a lo que pueden conseguir protestando. Es por todo ello que resisten en solitario y recurren a estrategias individuales para encontrar trabajo o paliar las consecuencias de no tenerlo. No obstante, el artículo acaba defendiendo la pertinencia de que un movimiento de parados alentado por los sindicatos haga del paro el primer problema político de la sociedad española.

Palabras clave: España, trabajo, conflicto social, investigación cualitativa.

ABSTRACT. *Trade unions, identities and pressure groups for the unemployed. A problematic relationship.*

A qualitative sociological study based on 88 in-depth interviews with unemployed people undertaken between March 2012 and February 2013, in 12 Spanish cities, has made it possible to reach a closer understanding of the experience of unemployment and its consequences for an unemployed person. One of the issues explored in the interviews was how prepared the respondents were to participate in any protest movement. Their responses are explored in this article. The unemployed do not share a collective identity, a feeling of "us" which would incline them towards collective action. Nor do they have either the resources to organise themselves or a common understanding of the problem which would motivate them to work together. Furthermore, they are very skeptical about what they might achieve by protesting. For these reasons, they put up with unemployment alone and resort to individual strategies to find work or lessen the consequences of not having any. Nevertheless, the article concludes by arguing for the relevance of a movement of the unemployed with trade union support to transform unemployment into the top political problem in Spanish society.

Keywords: Spain, work, social conflict, qualitative research.

SUMARIO

Introducción

El parado protesta poco

· Condiciones objetivas

· Condiciones subjetivas

· Condiciones externas

· Condiciones internas

El papel del los sindicatos

Una propuesta contra el paro

Conclusión

Referencias bibliográficas

Autor para correspondencia / Corresponding author: Enric Sanchis. Universitat de València, Facultat de Ciències Socials, Departament de Sociologia i Antropologia Social. Av. dels Tarongers, 4b. 46021 València.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Sanchis, E. (2016). Sindicatos, identidades y movimiento de parados. Una relación problemática. *Debats Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (2), 147-155.

* Traducido por Josep E. Ribera i Condomina

INTRODUCCIÓN

España es campeona europea del paro desde hace más de tres décadas, sólo en fecha reciente superada por Grecia. Aun así, los parados a diferencia del paro no han recibido la atención que merecen por parte de las ciencias sociales. Algo han hecho los estudiosos de la salud pública (por ejemplo, Artacoz et. al., 2004) y la psicología social (por ejemplo, Buendía, 2010), pero, desde el punto de vista sociológico, prácticamente todo está por hacer. El significado y las consecuencias que tiene el paro para las personas que lo sufren continúan siendo en buena medida *terra incognita* entre nosotros. Paliar este déficit de conocimiento ha sido el objetivo de una investigación realizada con la ayuda de la Fundación 1º de Mayo (Sanchis, 2016) y basada en 88 entrevistas en profundidad a parados de una docena de ciudades españolas, llevadas a cabo entre marzo de 2012 y febrero de 2013. Se trata de una muestra intencional de parados, es decir, no representativa estadísticamente, distribuida por sexos y tres grupos de edad (jóvenes, adultos y maduros), procurando discriminar en cada caso en función del nivel de estudios, entre trabajadores manuales y no manuales y según si buscaban o no primer empleo. No obstante, una vez hecho el trabajo de campo, puede decirse que los 88 entrevistados no parecen muy diferentes del conjunto de los parados. Sin pretender haber agotado el tema, estas entrevistas abiertas nos acercan al mundo de los parados y nos ayudan a entenderlo mejor.

En las entrevistas hablamos un poco de todo: historia educativa y laboral previa, vida cotidiana, intensidad y formas de búsqueda de trabajo, estrategias de formación, salario de reserva, relaciones familiares, situación económica, salud, perspectivas de futuro, ubicación ideológica. Nos ocupamos también de las opiniones y actitudes hacia los sindicatos, el sistema político, los impuestos, la inmigración y, finalmente, de la disponibilidad para la acción colectiva contenciosa, a saber, para integrarse en un movimiento de parados.

Esta última cuestión es el objetivo de este artículo: ¿Por qué los parados apenas hacen ruido? ¿Tiene algo que ver con los sindicatos? ¿Puede descartarse del todo que acabe apareciendo un movimiento social de

parados más allá del ámbito municipal? Para acabar, plantearé a los sindicatos una propuesta –reconozco que muy voluntarista y osada– para hacer frente al problema del paro.

EL PARADO PROTESTA POCO

En general, el paro protesta poco. El malestar individual que provoca la experiencia del paro se traduce más en silencio colectivo que en conflictividad social, lo que, en el caso de España, suele provocar cierta perplejidad: ¿cómo es posible que el tejido social no reviente? Más de un supuesto experto lo explica echando mano de la economía sumergida, por la que “en realidad” no habría tanto paro. Ese supuesto experto, en realidad, no sabe de qué habla. Por un lado, en España hay más, no menos, paro del que sale en las estadísticas (lo que yo he denominado “paro sociológico”). Por otro lado, cuestionar la condición de parado de una persona porque no salga a la calle a romper escaparates es una operación mental, como mínimo, discutible, por no decir absurda. Que yo sepa, ninguna definición de parado exige la participación en actos de protesta. El hecho es que en la conducta de los parados españoles no hay nada misterioso, porque el paro es en gran medida compatible con una relativa paz social, lo cual no quiere decir, sin embargo, que no haya algunas cuestiones que exigen una respuesta.

Chabanet y Faniel (2012) han estudiado las protestas de parados en diez países europeos entre 1980 y 2007. Como ya he dicho, en general se protesta poco, pero existen diferencias. Estos autores distinguen tres niveles: 1) protesta importante (Francia y Alemania); 2) protesta moderada (Bélgica, Finlandia, Italia y España), y 3) protesta residual (Reino Unido, Irlanda, Suiza y Polonia). De todo ello, dos cosas llaman la atención. Primera, no hay una relación directa entre nivel de paro y nivel de protestas de los parados. Segunda, es bien sabido que los españoles, en conjunto, son los europeos que más participan en actos de protesta; entonces, ¿por qué los parados solo protestan moderadamente? Como decía, hace falta una explicación para todo ello.

De entrada, hay que distinguir entre los estallidos de protesta más o menos espontáneos y efímeros, y un movimiento social, que es una campaña de protestas sostenida en el tiempo, dirigida contra las autoridades y con un objetivo político muy definido: conseguir que esas autoridades nos concedan algo concreto. Un disturbio, un tumulto, no es un movimiento social. Para que un colectivo de individuos pueda constituirse en movimiento social tienen que darse cuatro prerequisites o condiciones que, como veremos, no suelen concurrir en el caso de los parados. En general, el paro dio lugar a movimientos de protesta hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Desde los años 70 del siglo xx, cuando el paro reaparece como problema social, los movimientos de parados han sido más la excepción que la regla (Keyssar, 1988). Inspirándome en la bibliografía sobre movimientos sociales (Tarrow, 1997), denominaré estas cuatro condiciones objetivas, subjetivas, internas y externas. Vamos a repasarlas.

Condiciones objetivas

Condiciones objetivas son todos aquellos elementos que facilitan que un conjunto de individuos adquiera una identidad colectiva y se sientan miembros de un “nosotros”. Históricamente, el paro ha sido un problema específico de la clase obrera, lo cual facilitaba la constitución de ese “nosotros”. Hoy en día las condiciones objetivas juegan en contra. El paro continúa afectando con más intensidad a la clase obrera (los trabajadores manuales), pero ya no es un problema específico de dicha clase. También hay paro de clases medias; juvenil, adulto y maduro; masculino y femenino; de inserción y de exclusión; de larga y corta duración; que provoca graves dificultades económicas y que no las provoca; autóctono y de inmigrantes; de universitarios y de mano de obra no cualificada; protegido formalmente y desprotegido. En pocas palabras, los parados son más un agregado estadístico que un grupo social en el sentido sociológico del término, por lo que no tienen fácil constituirse como sujeto social (Demazière, 1995: 107).

Condiciones subjetivas

Las condiciones subjetivas son, en mi opinión, las más importantes. En la base de todo movimiento, hay una situación previa que genera descontento, malestar generalizado, pero que la gente acepta resignadamente porque la percibe como natural o inevitable, porque no sabe cómo explicársela o bien porque, de alguna manera, se considera a sí misma responsable; en última instancia, porque se ve impotente para cambiarla. En un momento dado aparece una manera diferente de percibir la realidad (Laraña, 1999) que redefine esa situación como injusta y susceptible de ser modificada. Explica la causa que la provoca, identifica al culpable, al adversario a quien hay que enfrentarse, propone una alternativa posible y una estrategia para hacerla realidad, que pasa por la acción colectiva, puesto que la búsqueda individual de soluciones no conduce a nada. En la medida en que la gente haga suyo este nuevo marco conceptual, se dotará de una identidad que le permitirá sentirse integrada en un nosotros solidario que tiene enfrente a un adversario claramente identificado. En otras palabras, para que el movimiento cuaje tiene que aparecer un tipo de ideología que permita al individuo concebirse como miembro de un colectivo capaz de generar cambio.

Ante el paro hay diagnósticos y respuestas de izquierdas, de derechas y neutros, concretos y genéricos. Por ejemplo, reducción del tiempo de trabajo, prohibición de las horas extraordinarias, creación directa de empleo público, regulación de la lógica del mercado o, por el contrario, reducir el poder sindical, reducir la protección del paro, bajar salarios, ayudar a las empresas y a los autónomos, cambiar el modelo productivo, invertir más en I+D+i, en educación y formación, etcétera.

¿Cómo lo ven los entrevistados? Les hemos hecho tres preguntas: ¿cuáles son las causas del paro y el principal responsable?; ¿qué tendría que hacer quien tiene el poder para intervenir?; ¿podrían hacer algo los propios parados? La idea básica era distinguir entre aquellos cuadros interpretativos que conducen hacia la resignación y la pasividad, y aquellos que conducen hacia la movilización colectiva.

De los entrevistados 20 dicen que “la culpa es un poco de todos”; de ellos, 5 responden, incluso que es “de los mismos parados”. Pero la mayoría (47) identifican a los políticos o a los gobiernos como los primeros culpables, con cierta frecuencia acompañados de los banqueros y de los grandes empresarios, que, al fin y al cabo, son todos lo mismo. Es decir, nos encontramos una gran masa de parados muy enfadados con la clase política. Ahora bien, tengo la impresión de que la actitud de la mayoría de los enfadados es parecida a la del campesino que se enfada con Dios Nuestro Señor porque no llueve, pero el único remedio que se le ocurre es sacar el santo en procesión. Y es que sólo en 14 casos se pasa de la identificación del causante del problema a la formulación de demandas claras y concretas al sistema político.

En cuanto a las respuestas o posibles soluciones, 21 informantes reconocen abiertamente no tener ni idea. Hay muchas respuestas genéricas, que reflejan los tópicos que se repiten en los medios de comunicación, como, por ejemplo, cambiar el modelo productivo. Hay quien propone echar a los inmigrantes. Hay respuestas que uno nunca habría imaginado que iba a escuchar en boca de un parado, como “poner a trabajar en actividades socialmente útiles a los parados que cobran”, “ayudar a las multinacionales para que no se vayan”. Hay 19 entrevistados que hablan de la necesidad de ayudar a las pymes y fomentar el autoempleo. ¿Es concebible una manifestación de parados exigiendo más subvenciones para las pymes? Sólo en 14 casos se invocan medidas que remiten a las reivindicaciones tradicionales del movimiento obrero y de los sindicatos.

La posibilidad de organizarse colectivamente, aunque solo fuera para apoyarse mutuamente, no estaba en el horizonte mental de 55 de los entrevistados. Lo que domina es la apatía y el desaliento, el “que cada cual se busque la vida como pueda”. La gran mayoría de los parados no están en condiciones psicológicas de implicarse en un movimiento de protesta colectiva. Y a propósito de condiciones psicológicas, en España se consumen comparativamente muchos ansiolíticos y antidepressivos, y este consumo ha aumentado mucho durante los últimos años. Ahí tenemos también una posible explicación de la diferencia entre los

parados protestones de los años treinta y los actuales: aquellos no podían ir al médico en busca de ayuda.

En cuanto a respuestas inequívocamente orientadas en el sentido de la movilización, las hemos encontrado en 18 entrevistados, entre los cuales hay algunos que están o han estado efectivamente organizados y otros que conciben la movilización más como una manera de manifestar su malestar (“derecho al pataleo”) que no como un instrumento eficaz para conseguir algo.

En resumen, las condiciones subjetivas no se dan. La mayoría de los parados no han hecho suya una interpretación del problema de la que se deriven soluciones que pasen por la movilización colectiva. En realidad, han asumido el diagnóstico y las soluciones del pensamiento económico ortodoxo dominante, que es el de la derecha y, de hecho, con sutilísimos matices, el de la izquierda socialdemócrata, como mínimo cuando está en el gobierno. El discurso económico de la otra izquierda, retóricamente anticapitalista, no tiene credibilidad, al menos no la tenía cuando se hicieron las entrevistas.

Sin embargo, 18 movilizables o potencialmente movilizables tampoco está mal. Quiere decir que un 20% de los parados entrevistados parece que tienen ganas de armar jarana. Y tampoco se puede decir que en España los parados no se movilizan en absoluto. De hecho, desde hace años, incluso desde antes de esta crisis, hay docenas y docenas de asambleas y coordinadoras de parados, si bien casi todas ellas no rebasan el nivel local y les falta potencia de voz. ¿Por qué? Porque tampoco se dan las condiciones internas. Veámoslo, pero pasemos primero por las condiciones externas, sobre las que hay poco que discutir.

Condiciones externas

Por condiciones externas se entiende lo que se denomina “estructura de oportunidades políticas”. La gente no protesta tanto cuando ha acumulado mucho malestar como cuando percibe que puede ser escuchada, que puede ganar, que ha llegado su momento. Se hace con ello referencia, entre otras cosas, a la presumible respuesta del poder, que puede optar por la represión o por hacer concesiones. Algunos especialistas les dan

mucha importancia, yo creo que no tienen tanta. En mi opinión, explican bien los ciclos de protesta, con sus flujos y reflujos, o el estallido del movimiento, pero no su existencia como tal, que tiende a mantenerse en el tiempo. A lo sumo, explicarían los movimientos efímeros.

Condiciones internas

No protesta tanto quien quiere o tiene buenas razones para hacerlo como quien puede. Todo movimiento necesita recursos organizativos, comunicativos, financieros, humanos, lugares donde reunirse, dirigentes, líderes, buscar aliados, simpatizantes, el apoyo de ciertas élites y otras organizaciones... Los parados están muy mal dotados, de recursos; necesitan que alguien les eche una mano. De lo contrario, es muy difícil que rebasen el ámbito local, que es lo que suele pasar. ¿Quién les podría echar esa mano? Las organizaciones de la sociedad civil (ONG y demás), más bien no. Hacen una labor útil, pero están más concebidas para ayudar al parado en su calvario cotidiano que para movilizarlo. Los grandes partidos políticos, obviamente no. Los pequeños partidos de izquierdas, suponiendo que se lo hayan planteado realmente, no tienen capacidad de arrastre. Les pasa lo mismo que a los sindicatos de clase minoritarios: detrás de muchas iniciativas locales de parados, muchas veces encontramos militantes de unos y otros que intentan ayudar, pero difícilmente consiguen ir más allá del ámbito municipal.

Quedan los grandes sindicatos de clase. En mi opinión, son los únicos que podrían echar esa mano a los parados organizados a nivel local o incluso intentar organizar a los desorganizados y movilizarlos. ¿Por qué? Porque estos sindicatos, a pesar de todas las dificultades que sufren en la actualidad, tienen recursos; en parte es una cuestión de decidir dónde aplicarlos prioritariamente. Y también porque estos sindicatos, a pesar de todo, todavía disfrutaban de cierta credibilidad entre los parados. En todo caso, entre los estudiosos del tema hay cierto consenso en que, para entender por qué en algunos países los parados protestan más, en otros menos y en otros nada, hay que tener en cuenta la posición que adoptan los sindicatos.

EL PAPEL DE LOS SINDICATOS

La relación entre parados organizados y sindicatos requiere un análisis más profundo del que yo he hecho, como el que ahora están desarrollando en Cataluña Pere Jódar y Ramon Alós, pero hay indicios que el encuentro entre unos y otros es posible. Por ejemplo, 31 entrevistados valoran negativamente la acción genérica de los sindicatos en materia de defensa de los intereses de los trabajadores, pero 45 tienen una opinión positiva; además, sólo 3 afirman que, sin sindicatos, los trabajadores, en general, y los parados, en particular, vivirían mejor, mientras que 79 opinan lo contrario. Por otra parte, no olvidemos que los dos grandes sindicatos tienen cerca de dos millones de afiliados y que continúan siendo el actor social por excelencia en la articulación política del malestar ciudadano. Ahora bien, para poner en marcha o dar un empujón a un movimiento de parados, los dos grandes sindicatos españoles (y probablemente lo que digo es válido también para los sindicatos mayoritarios vascos y gallegos) tienen que vencer dos grandes obstáculos. Primero, las reticencias con que son vistos por muchos de los parados organizados. Segundo, aclararse ellos mismos sobre lo que quieren hacer con los parados.

Primer obstáculo. Los parados organizados son muy celosos de su autonomía y tienden a desconfiar de todo lo que venga de fuera. Muchos tienen como referente ideológico partidos políticos y sindicatos muy pequeños y muy sectarios que acusarán a los grandes sindicatos de estar vendidos al capital y de haberseles acercado para manipularlos. En lugar de intentar ganarse aliados que les proporcionen recursos, los parados organizados parecen empeñados en ganarse más enemigos de los que ya tienen. Les puede acabar pasando lo mismo que a la “Asamblea contra la Precariedad y la Vivienda Digna” (Aguilar, y Fernández, 2010). ¿Alguien se acuerda de ella? En el año 2006 consiguieron sacar a la calle a miles de manifestantes en una treintena de ciudades y constituir asambleas en algunas de ellas. En un principio, contaban con la complicidad y la simpatía del movimiento vecinal; después, debido a su deriva radical, se quedaron solos y desaparecieron. Si los sindicatos quieren ser el portavoz de los parados organizados no tienen

más remedio que, con mucha paciencia y pedagogía, ponerse cordialmente a su servicio, por ejemplo, cediéndoles sus sedes para que se puedan reunir.

Segundo obstáculo. “La actitud de los sindicatos hacia los parados es compleja y, hasta cierto punto, ambigua” (Faniel, 2012: 132). Existe todo tipo de ejemplos. En algunos países, los parados están afiliados y organizados dentro de los sindicatos; en otros, hay sindicatos que desarrollan estrategias para evitar que el trabajador no se desafíe cuando acaba en el paro, y aún en otros, sencillamente, hay sindicatos (cabe pensar que de tipo corporativo) que prohíben la afiliación del parado. A falta de un análisis a fondo del tema, podemos situarlo entre dos posiciones extremas. La primera (ultraizquierdista) caricaturiza a los dos grandes sindicatos como lacayos del sistema.

[Desde 1982, CCOO y UGT, cada vez más] dependientes en gran medida de las ayudas públicas y poco menos que condenadas a acatar imposiciones desmesuradas [...] perdieron la condición de combate, más bien relativa, que habían exhibido en las postrimerías del franquismo y los inicios de la transición. [Las direcciones de ambos sindicatos se mostraron] mucho más interesadas en preservar los puestos de trabajo de un gran número de liberados que en atender el objetivo de defender a los trabajadores. [De ese modo,] los dos sindicatos mayoritarios son hoy puntales decisivos en la preservación del capitalismo que sufrimos y, como tales, configuran instancias vitales para aplacar todo tipo de resistencia entre los trabajadores, [a los cuales ofrecen] la disposición de un abogado laboralista a cambio de renunciar a toda transformación objetiva del mundo (Taibo, 2012: *passim*).

Los sindicatos mayoritarios vascos y gallegos tampoco escapan a la crítica de este autor, puesto que “no rompen los moldes de la socialdemocracia [y tienen como máxima aspiración] el designio de imponer límites a la codicia del capitalismo sin plantearse ninguna perspectiva de rebasarlo” (Taibo, 2012: *passim*). Ni siquiera en los sindicatos radicales minoritarios podemos

depositar demasiadas esperanzas: “Nada sería más equivocado que concluir, con todo, que organizaciones como las que ahora nos interesan no arrastran rémoras de lo que es la actividad común en el ámbito de los sindicatos mayoritarios. [...] Hay algo en el discurso sindical que impide una plena ruptura respecto al sistema” (Taibo, 2012: *passim*).

Esta posición es insostenible. Ignora la evidencia irrefutable de más de treinta años de políticas antisindicales neoliberales exitosas (desde la época de Thatcher y Reagan) y, en el caso de España, no explica todas las reformas laborales orientadas a debilitar a los sindicatos, en particular la última del gobierno Rajoy (Fundación 1º de Mayo, 2012). Estas críticas tremebundas a los sindicatos sólo sirven para reforzar el antisindicalismo descarado de Esperanza Aguirre o el sutilísimo antisindicalismo de FEDEA, que dice hablar en defensa de parados y ocupados precarios.

La segunda posición contempla a los sindicatos como paladines de los parados, y tampoco es eso. No podemos demonizar a los sindicatos, pero tampoco podemos asumir acríticamente todo lo que hacen. Y la cuestión es: ¿están haciendo todo lo que se podría hacer en defensa de los intereses de los parados? Ya he dicho que hace falta un análisis más a fondo del tema, pero mi impresión es que los problemas específicos de los parados no son prioritarios en la agenda sindical y que los sindicatos no saben muy bien qué hacer con los parados. Por un lado, tienen que conciliar los intereses específicos e inmediatos de los parados con los intereses generales y a medio plazo del conjunto de los trabajadores, lo cual no es fácil. En ese sentido, podría decirse que están haciendo lo que buenamente pueden, que no es demasiado. Por otro lado, hay que reconocer que los sindicatos, como todas las grandes organizaciones, sufren una serie de inercias burocráticas (incluso oligárquicas) que los pueden llevar a anteponer los propios intereses de la organización como tal a cualquier otra consideración.

No me considero legitimado ni mucho menos para abrumar a los sindicatos con una lección magistral sobre lo que tendrían y no tendrían que hacer. Bastantes problemas tienen ya, y tampoco se puede decir que lo

estén haciendo casi todo mal. Pero tampoco estaría de más una reflexión autocrítica sobre algunas de las cosas que se han hecho, en general y en relación con los parados, y sobre lo que hay que hacer en el futuro próximo. Por ejemplo, no tiene una fácil explicación empecinarse en firmar acuerdos durante la primera legislatura de Aznar (1996-2000) y con los gobiernos de Rajoy. De todos modos, hay que decir que esta reflexión está haciéndose desde hace tiempo (Calleja, 2016).

Casi desde sus orígenes, los sindicatos comparten dos almas: una que podríamos denominar movimentista, que los lleva hacia la confrontación, y otra que podríamos denominar institucionalista –que se va asentando a medida que consiguen victorias históricas–, que los lleva a la moderación, a buscar el pacto y el compromiso a cambio de ser reconocidos como interlocutores legítimos de los intereses que defienden. Es lo que les pasa a todos los movimientos sociales exitosos. Estas dos almas explican de alguna manera las dubitaciones de los sindicatos hacia los parados. Por un lado, en la medida en que son sindicatos de clase, necesitan y tienen la obligación de integrarlos; por otra parte, tienen miedo de que los desborden.

Los sindicatos están obligados a moverse siempre en el filo de la navaja, entre la confrontación y la concertación, y yo –insisto– no pretendo darles lecciones. Pero quizás ha llegado el momento de, sin cerrar la puerta de la concertación, bascular hacia la acción contenciosa. Tal vez alguien pueda considerar algo atrevida esta afirmación, pero el propio Josep Maria Àlvarez dijo algo parecido poco después de tomar posesión de la Secretaría General de la UGT en marzo de 2016. Porque lo cierto es que llevan demasiados años maniobrando a la defensiva. En la mesa de negociaciones han acabado enzarzados en una espiral que los ha llevado, de renunciar a lo mejor para conseguir lo bueno a tener que aceptar lo malo para evitar lo peor. Y están pagando un precio demasiado alto en términos de legitimidad y credibilidad: al final acaban siendo vistos como parte del *establishment*. A ojos de buena parte de los parados, los sindicatos se han convertido en parte del problema y han dejado de ser parte de la solución.

UNA PROPUESTA CONTRA EL PARO

No pretendo entrar ahora a fondo en el debate sobre las posibles causas del paro y las políticas para combatirlo, por qué en España hay tradicionalmente tanto paro y qué se podría hacer para combatirlo; un tema sobre el que, por otro lado, hay un volumen de literatura ingente. Está claro que estamos ante un problema complejo que requiere respuestas sofisticadas y combinadas. Pero quiero prestar atención a una de las causas que, en mi opinión, está detrás de otras muchas. Mi tesis inspirada en Keyssar (1988) es que tenemos el paro que tenemos porque el paro poco a poco ha dejado de ser un problema social (y, por lo tanto, político) para convertirse cada vez más en un problema técnico que hay que dejar en manos de expertos. Si queremos, no ya acabar con el paro, sino solo reducirlo hasta la media europea, hace falta repolitizarlo, es decir, convertirlo en el primer problema político de la sociedad española. ¿Cómo? Poniendo en marcha un movimiento social que involucre a los parados y que exija al sistema político medidas directas contra el paro. No medidas indirectas que tendrían como efecto derivado la creación de empleo a medio y largo plazo; esas también. Pero, mientras surten efecto, se necesitan medidas directas. Y la mejor medida directa, la más efectiva, es la creación directa de empleo.

Obviamente, en una economía de mercado, el sistema político no puede obligar al sector privado a crear puestos de trabajo. Por lo tanto, hace falta la creación de empleo en el sector público. Hace falta un movimiento nucleado entorno a los parados que exija la creación directa de empleo en el sector público. El movimiento tiene que tener la suficiente credibilidad y potencia de voz para que esa exigencia sea hecha suya por la opinión pública. Desde mi punto de vista, vuelvo a decirlo, los sindicatos mayoritarios de clase son el actor social con más capacidad para dotar al movimiento de la credibilidad y la fuerza que necesita. Estos sindicatos pueden abastecer el movimiento de recursos (condiciones internas) y de un marco interpretativo diferente del problema del paro (condiciones subjetivas).

En cuanto a los recursos, para empezar, tal vez fuera suficiente con recuperar o revitalizar las uniones sindicales territoriales, haciéndolas atractivas para los parados no afiliados, que son la inmensa mayoría. Al parado no lo encontrarán nunca en el centro de trabajo, pero sí que lo pueden encontrar en el barrio o en el municipio. Aún más, en el territorio también pueden conectar con más facilidad con los trabajadores precarios y con muchos trabajadores estables de empresas pequeñas en las que los sindicatos no pueden entrar ni siquiera para organizar unas elecciones; empresas en las que se practica el antisindicalismo con total impunidad. En ese sentido, hay que tener muy presente que en el año 2012 solo en una de cada cinco empresas con seis o más trabajadores había representación sindical (Alós et. al., 2015: 83). Quizás ha llegado el momento de que los sindicatos refuercen su alma movimentista impulsando la acción fuera del centro de trabajo. Recordemos aquellos tiempos en los que en muchas asociaciones de vecinos había vocalías de parados, cuando la doble e incluso la triple militancia (en el sindicato, en el partido, en el barrio) era frecuente.

El marco interpretativo alternativo al dominante ya está hecho (por ejemplo, por Navarro et. al., 2011), no hay que inventarse nada; solo se trata de sintetizarlo de forma que llegue con claridad a la opinión pública. En pocas palabras, vivimos en una de las sociedades más desiguales de la OCDE, tenemos un sistema fiscal poco redistributivo y un sector público poco desarrollado en términos de ingresos, de gasto y de empleo. En números redondos, sólo el 15% de los trabajadores trabaja en el sector público, frente a cerca del 25% o incluso más en esos países a los que queremos parecernos. En consecuencia, subiendo los ingresos y el gasto públicos al nivel medio de la UE-28, es *posible crear un millón de puestos de trabajo en el sector público sin aumentar ni la deuda ni el déficit*. Y un millón más de puestos de trabajo en el sector público tampoco es demasiado. En números redondos, significa un 20% sobre el empleo total. ¿Dónde crearlos? La respuesta es fácil: con los datos de Eurostat en la mano, en todos aquellos servicios en los que estamos particularmente mal dotados, empezando por la primera etapa de la

educación infantil y acabando por los servicios a la familia (ley de la dependencia), pasando por la sanidad.

Un millón de empleos públicos, por ejemplo, a lo largo de una legislatura, podría ser el núcleo de un programa reivindicativo parecido a los que elaboraron los sindicatos en los años 1989 (Propuesta Sindical Prioritaria) y 1991 (Iniciativa Sindical de Progreso), después del 14-D de 1988. No digo que esta fuera la solución, con mayúsculas, al paro. Sería irresponsable, populista y demagógico decirlo. No digo que no haya que hacer otras cosas. No digo que tal medida no podría provocar efectos no deseados sobre otros parámetros u objetivos macroeconómicos. Lo que digo es que llevamos décadas invocando esos efectos como excusa para no atacar el paro por vía directa, y las consecuencias están a la vista. Lo que digo es que hay que cambiar el orden de prioridades y situar el problema del paro en el centro de la agenda política.

No estoy pidiendo a los sindicatos que intenten sacar a la calle a los cinco millones de parados. Pero sí, por ejemplo, para empezar, que intenten organizar piquetes de un centenar de personas ante los cien ayuntamientos donde el problema sea más grave o donde ya haya parados organizados. Estamos hablando de diez mil personas dispuestas, por ejemplo, a hacer ruido contra el paro durante una hora a la semana mientras no se les haga caso. Obviamente, se trata de una opción arriesgada, voluntarista, en la que los sindicatos corren el riesgo de fracasar. Pero, si no lo intentan, corren un riesgo todavía mayor: que, a pesar de todo, el movimiento de parados acabe estallando de manera autónoma, los ponga en evidencia y les quite la credibilidad que todavía tienen. Porque el hecho es que, cuando estalla un movimiento, hasta el observador más avezado suele ser cogido por sorpresa.

Quiero acabar recordando aquella apelación de Antonio Gramsci a que el pesimismo de la razón no paralice el optimismo de la voluntad. Albert Camus vino a decir que tal vez quién confía en la condición humana sea un loco, pero con toda seguridad quien se deja abrumar por los acontecimientos es un cobarde. En consecuencia, quiero pensar que el día que un movimiento de parados

consiga contrarrestar la resignación asentando en la opinión pública la convicción de que no estamos ante una maldición bíblica, el día en que un partido político no pueda llegar al gobierno sin comprometerse a atacarlo por vía directa, ese día el drama del paro entrará en vías de solución.

CONCLUSIÓN

Los parados no comparten una identidad que les permita sentirse miembros de un nosotros orientado

hacia la acción colectiva. Tampoco disponen de recursos para organizarse ni de una interpretación del problema que los invite a hacerle frente todos juntos. Finalmente, son muy escépticos en cuanto a lo que pueden conseguir protestando. Es por todo ello que resisten en solitario y recurren a estrategias individuales para encontrar trabajo o paliar las consecuencias de no tenerlo. No obstante, aquí se defiende que, si un movimiento de parados alentado por los sindicatos de clase mayoritarios consiguiera hacer del paro el primer problema político de la sociedad española, este problema entraría en vías de solución.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilar, S. y Fernández Gibaja, A. (2010). El Movimiento por la Vivienda Digna en España o el porqué del fracaso de una protesta con amplia base social. *Revista Internacional de Sociología*, 68(3), 679-704.
- Alós, R., Beneyto, P. J., Jódar, P., Molina, O. y Vidal, S. (2015). *La representación sindical en España*. Madrid: Fundación 1º de Mayo.
- Artacoz, L., Benach, J., Borrell, C. y Cortés, I. (2004). Unemployment and Mental Health: Understanding the Interactions Among Gender, Family Roles and Social Class. *American Journal of Public Health*, 94(1), 82-88.
- Buendía, J. (2010). *El impacto psicológico del desempleo*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Calleja, J. P. (2016). *Estrategias de revitalización de los sindicatos españoles*. Tesis doctoral. Valencia: Universitat de València.
- Chabanet, D. y Faniel, J. (Eds.) (2012). *The Mobilization of the Unemployed in Europe. From Acquiescence to Protest?* Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Demazière, D. (1995). *La sociologie du chômage*. París: La Découverte.
- Faniel, J. (2012). Trade Unions and the unemployed: towards a dialectical approach. *Interface: a journal for and about social movements*, 4(2), 130-157.
- Fundación 1º de Mayo (2012). *Las reformas laborales en España y su repercusión en materia de contratación y empleo. 52 reformas desde la aprobación del Estatuto de los Trabajadores en 1980*. Madrid: Fundación 1º de Mayo.
- Keyssar, A. (1988). El paro antes y después de la Gran Depresión. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 25, 40-50.
- Laraña, E. (1999). *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza.
- Navarro, V., Torres, J. y Garzón, A. (2011). *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*. Madrid: Sequitur.
- Sanchis, E. (2016). *Los parados. Cómo viven, qué piensan, por qué no protestan*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Taibo, C. (2012). *España, un gran país*. Madrid: Catarata.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

NOTA BIOGRÁFICA

Enric Sanchis, doctor en Ciencias Económicas por la Universitat de València especializado en Sociología del Trabajo es autor, entre otras publicaciones, de los libros *El trabajo a domicilio en el País Valenciano* (1984), *La otra economía. Trabajo negro y sector informal* (1988, en colaboración con otros autores), *De la escuela al paro* (1991, 1997), *Trabajo y paro en la sociedad postindustrial* (2008, 2011) y *Los parados. Cómo viven, qué piensan, por qué no protestan* (2016).

ENTREVISTA

